

## Excepcionalismo y privilegio: Estados Unidos, América Latina y el Caribe

Por Marcos CUEVA PERUS\*

EN 1904 EL GEÓGRAFO BRITÁNICO Halford J. Mackinder —quien expresaba los intereses de su país, una isla—, adelantó la hipótesis de que buena parte del territorio de Rusia y Asia Central, las estepas llenas de riquezas (en particular de minerales y energéticos) antes atravesadas por nómadas y ya entonces por los primeros ferrocarriles, constituía el “área pivote del mundo”, el “corazón de Eurasia” y, por lo demás, lo que el propio geógrafo habría de llamar la “isla mundial”.<sup>1</sup> Para Mackinder, quien tuviera el control de la “isla mundial” tendría el control del mundo. Por aquella época, el poder británico comenzaba a declinar y Estados Unidos se convertía en una potencia con un Estado fortalecido, escasas divisiones internas, superada la Guerra de Secesión (1865), y cada vez con más intereses en el exterior.

Una mirada al mapa es suficiente para entender el beneficio de la insularidad: por contraste con otras latitudes, y como Gran Bretaña —sólo que en otras dimensiones—, el continente americano entero, apenas cortado por el Canal de Panamá y el “tapón” selvático del Darién (ahora susceptible de conectar a Panamá y Colombia), forma una inmensa isla, por contraste con otras masas continentales del mundo. Esta insularidad hizo que, de modo excepcional, las ondas de choque de los conflictos ajenos (bélicos, étnicos, fronterizos...) no llegaran durante los siglos XIX y XX a un continente rodeado por el mar, Atlántico y Pacífico. Desde este punto de vista, América es una, pese a las divisiones entre Sur y Norte, y era una también a la llegada de los españoles. En los siglos XIX y XX esta unidad se manifestó por la virtual carencia de amenazas bélicas serias al continente. Salvo el propio Estados Unidos —España era ya, para finales del siglo XIX, un país extenuado y debilitado por la pérdida de su imperio—, ninguna otra potencia representó una amenaza de guerra o de intervención militar real para América Latina y el Caribe en el siglo pasado. Tampoco potencia

\* Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México. E-mail: <cuevaperus@yahoo.com.mx>.

<sup>1</sup> Halford J. Mackinder, “The geographical pivot of History”, en Gearóid O’Tuathail, Simon Dalby y Paul Routledge, *The geopolitics reader*, Londres, Routledge, 1998, pp. 27-31.

alguna, amenazó durante el siglo XIX la creciente unidad estadounidense o el territorio norteamericano durante el siglo XX. Ya para el siglo XXI acontecimientos como los del 11 de septiembre de 2001 no representaban una amenaza de guerra generalizada, sino un potencial conflicto mucho más localizado, aunque los atentados se hubieran producido en suelo estadounidense: en vano, al parecer, intentaba Washington reactivar “solidaridades” interamericanas como la Organización de Estados Americanos y el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca en la “guerra mundial” contra el terrorismo. A diferencia de muchos países europeos, o de algunos asiáticos, el Estado estadounidense no tuvo en realidad que construirse como respuesta a la guerra, ni a presiones internacionales extremas. Algo similar puede afirmarse de los Estados latinoamericanos y caribeños, con la salvedad de Cuba en el siglo XX, y de México en el siglo XIX.

Aunque los americanos no dejaron de discutir acerca de la denominación “americanos”, América fue, durante mucho tiempo, de Sur a Norte, un solo “Nuevo Mundo”, por más que Colón creyera estar descubriendo las extremidades más orientales y septentrionales de “Eurasia”, las “Indias”, habida cuenta de que el mundo, para la época del Descubrimiento de América, sólo conocía una red de “comercio global”: las rutas de la seda y las rutas marinas que conectaban Eurasia. En ese caso, sin las Américas, Europa Occidental habría seguido siendo una pequeña región atrasada de Eurasia. No fue así, y la colonización europea del Nuevo Mundo no sólo contribuyó a unificarlo, sino también a la riqueza europea, aunque a la larga no fuera España la principal beneficiaria. Aún así, hasta mediados del siglo XIX, muchos desequilibrios económicos seguían favoreciendo a Oriente, en particular a India y China.

Ya el estadounidense Jefferson, como otros padres fundadores de Estados Unidos, imaginaba una unión política que acabaría por abarcar todo el Nuevo Mundo, con Washington como “nido de toda América, Norte y Sur”. Con el paso del tiempo se fue formando el excepcionalismo estadounidense, que justificaba la clasificación bicéfala de “las Américas”, y que habría de encontrar las explicaciones más diversas. Pero el Norte del continente no estaba más adelantado que el Sur durante la época prehispánica, durante la colonial y *hasta el siglo XIX*: como lo ha demostrado Felipe Fernández-Armesto, el desequilibrio entre ambos espacios favoreció por mucho tiempo a Mesoamérica y los Andes, del mismo modo en que hoy —y desde el siglo XIX— favorece a Estados Unidos y Canadá.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Felipe Fernández-Armesto, *Las Américas*, Barcelona, Debate, 2004, p. 64.

Durante un buen trecho de la historia, las mayores ciudades, las mayores riquezas y bondades de la naturaleza, las poblaciones más densas, los logros más notables en el arte, el pensamiento y la ciencia se concentraron en las zonas donde habían florecido las civilizaciones indígenas tradicionales del Sur y donde los países ibéricos “comenzaron con ventaja”.<sup>3</sup> Los imperios azteca e inca figuraban, a principios del siglo xvi, entre los Estados de crecimiento más rápido y más ecológicamente diversos del mundo. Una potencia pobre, poco poblada y en la periferia de Europa, España, estableció su dominio en una parte enorme de las Américas (que incluía buena parte del actual territorio estadounidense) y mantuvo durante la época colonial su ventaja sobre el Norte, hasta que Nueva Inglaterra, ya en el siglo xviii, comenzó a mostrar su potencial como centro de riqueza y vida moderna.<sup>4</sup> A fin de cuentas, el maíz que se cultiva en México y Argentina es el mismo de Dakota del Norte, los pavos llegaron desde Mesoamérica hasta el plato del Día de Acción de Gracias en Estados Unidos, los cacahuates desde el Perú hasta Georgia, y los tomates de origen andino son el segundo vegetal, por volumen, consumido en Estados Unidos.<sup>5</sup> “El efecto de la experiencia colonial —escribe Fernández-Armesto— consistió en hacer que las Américas se parecieran más unas a otras, no en distanciarlas”.<sup>6</sup>

Las cosas, como veremos más adelante, cambiaron efectivamente en el siglo xix, abriéndose entonces la brecha de la divergencia, de tal modo que el Sur no vivió la insularidad cual privilegio (aunque seguramente gozara, en parte, de él): para finales de dicho siglo, mientras América Latina y el Caribe seguían siendo una periferia atrasada, Estados Unidos se estaba convirtiendo en la mayor potencia mundial: en 1900 fabricaba 30% de los productos industriales que se producían en el planeta, porcentaje que siete años más tarde subiría a 35%.<sup>7</sup> Curiosamente, todavía para ese entonces América Latina y el Caribe no eran una periferia atrasada *de* Estados Unidos (éstos se habían convertido en una gran potencia creciendo vertiginosamente hacia dentro, en el espacio semivacío que antes contrastara con el lujo colonial del Sur), sino de otras potencias, en particular *de* Gran Bretaña (España terminaría de retirarse de las Américas en 1898). Si las revolucio-

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 69.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 70.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 112.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 114.

<sup>7</sup> Fareed Zakaria, *De la riqueza al poder los orígenes del liderazgo mundial de Estados Unidos*, Barcelona, Gedisa, 2000, p. 189.

nes de Independencia habían sido la última experiencia común americana, Estados Unidos salió fortalecido de la suya, al tiempo que los americanos comenzaban a ser vistos como “una nueva raza de hombres”, y ya no exclusivamente como “europeos o descendientes de europeos”, a diferencia de muchos latinoamericanos y caribeños.

En el siglo XIX, América Latina y el Caribe, que ya habían alcanzado toda su escala, tuvieron que luchar con las consecuencias de la desintegración del Imperio español y luego de las grandes naciones independientes (el Sur debía contar todavía con una ventaja histórica: abolió la esclavitud antes que Estados Unidos, salvo excepciones).<sup>8</sup> Estados Unidos, en cambio, fue ampliándose con la compra y la anexión de nuevos territorios (Luisiana en 1803, Florida en 1819, anexión de Texas en 1845, anexión de Oregon en 1846, cesiones de México en 1848, adquisición de Alaska en 1857, Midway en 1867...) y manteniendo la paz con cambios no violentos de gobierno. Luego de la Guerra Civil, Estados Unidos mejoró aún más su posición con una acelerada industrialización, mientras América Latina y el Caribe seguían dependiendo de las materias primas y “los hacendados necesitaban a sus indios allí donde podían explotar su mano de obra sin conceder demasiados derechos inconvenientes”, por lo que “las constituciones latinoamericanas sólo podían ser generosas en cuestión de derechos de los ciudadanos si no se permitía a la gente ejercerlos”.<sup>9</sup> Entre 1890 y 1920, la migración proporcionó a Estados Unidos un aumento neto de población superior a 18 millones de personas, más que en toda la historia anterior del país y más del triple que en toda América Latina.<sup>10</sup> Estados Unidos se convirtió también en el granero del mundo, con la “mayor modificación del entorno natural llevada a cabo en toda la historia humana” en el Medio Oeste.<sup>11</sup> La progresiva conquista de la frontera del Oeste estadounidense no lo explica todo, puesto que, desde cierto punto de vista, ésta siguió siendo una historia común (que ocupó el periodo formativo de las Américas independientes) entre Estados Unidos y América Latina y el Caribe, que en un caso como el de Brasil también se lanzaba a la conquista de su propia frontera interior.

<sup>8</sup> Todas las repúblicas continentales, excepto Paraguay, donde la esclavitud siguió siendo legal hasta 1869, impusieron la emancipación antes que Estados Unidos. Lo mismo hicieron casi todos los territorios imperiales del Caribe. La esclavitud se prolongó en Puerto Rico hasta la década de 1870, y en Cuba y Brasil hasta la de 1880, véase Fernández-Armesto, *Las Américas* [n. 2], p. 179.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 152.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 157.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 158.

Durante el siglo xix, mientras se constituía como nación y aún carecía de un Estado fuerte, Estados Unidos no se expandió, como tampoco lo haría en el siglo xx, al modo de un imperio colonial clásico, aunque no faltaran las tentaciones anexionistas, por lo menos desde México hasta el Canadá: después de todo, John Quincy Adams, entre otros, consideraba por ejemplo que Cuba debía ser un “apéndice natural del continente norteamericano”.<sup>12</sup> Estados Unidos, que para la primera Guerra Mundial seguía dependiendo en gran medida de su mercado interno más que de su comercio exterior (a diferencia de Gran Bretaña), se expandió en realidad por “puntos débiles” cuando la fuerza relativa de su Estado se lo permitió y, sin estar amenazado por nadie, adquirió las Filipinas, Guam, Puerto Rico y la Bahía de Guantánamo en 1898, Hawaii y la Samoa Americana en 1899, la zona del Canal y un protectorado sobre Cuba en 1903, y luego llevó a cabo intervenciones en Nicaragua en 1912, y en Haití, la República Dominicana y de nuevo Cuba durante la primera Guerra Mundial, de tal modo que casi todo lo que se aproximaba a posesión formal se encontraba en las cercanías del propio territorio estadounidense y del espacio continental. Estas pocas conquistas ni siquiera fueron hechas porque pesara amenaza alguna de potencias extranjeras sobre la nueva potencia. Gran Bretaña, con quien a fin de cuentas habría de hacerse un largo condominio (que duraba por ejemplo hasta la ocupación de Iraq en el 2003) hizo que América Latina y el Caribe siguieran siendo, hasta la primera Guerra Mundial, un campo de batalla económico, pero no más. En esa época, el subcontinente todavía se beneficiaba, hasta cierto punto, del comercio con una potencia colonial que en esta parte del Sur, en cambio, ejercía sobre la mayoría de los territorios una presencia informal. Algunos países pudieron beneficiarse de la misma para desarrollarse, como en el caso de Argentina, que para algunos podría haber sido, por ejemplo, “el Canadá del Sur”. Entre 1857 y 1930, Argentina recibió tres millones y medio de inmigrantes, 60% del aumento total de la población (en 1914, cuando 13% de la población estadounidense había nacido fuera del país, la cifra correspondiente para Argentina era de 30%).<sup>13</sup>

No fue sino hasta el siglo xx, y muy en particular luego de la segunda Guerra Mundial, o un poco antes (con la “política del Buen Vecino”), cuando se aceleró la integración *económica*, ya sin rivales, entre el Norte y el Sur del continente, y se afincó por ende la presencia

<sup>12</sup> Zakaria, *De la riqueza al poder* [n. 7], p. 84.

<sup>13</sup> Fernández-Armesto, *Las Américas* [n. 2], pp. 206-207.

estadounidense; probablemente no haya sido sino hasta mucho más tarde, luego de 1990, que comenzó a producirse cierta homogeneidad política con la transición a la democracia de aquellos países del Sur que todavía no lo habían hecho. Desde entonces, los acuerdos de integración hemisférica han proliferado. Mientras en Estados Unidos empieza a oírse la queja de una progresiva *hispanización* (o lo que algunos llaman apresuradamente “contracolonización”: los latinos son ya la minoría más numerosa de Estados Unidos), en América Latina y el Caribe apenas se oye, pero existe, una tendencia bastante fuerte a la *portorriqueñización*, que puede adquirir los aspectos de la *miamización*, la *neoyorquización* o incluso de la *californización*. En los últimos tiempos (sobre todo en la última década), la integración hemisférica pareciera de nuevo cerrar —en algunos aspectos, y sólo en algunos— la brecha de las divergencias, y por eso pudiera ser vivida cual privilegio en América Latina y el Caribe. Pero las desventajas también saltan a la vista: la relación entre Norte y Sur ha sido desde el siglo XIX una relación en extremo desigual, y no está descartado que la misma integración hemisférica pudiera ensanchar las disparidades, también excepcionales si han de contrastarse con las relaciones entre centros y periferias en otras latitudes del mundo. En efecto, si el mundo no forzosamente es unipolar (si es que realmente tiende a la multipolaridad), América Latina y el Caribe han vivido desde el siglo XX (más incluso que desde el siglo XIX) periodos de aguda desigualdad en una relación marcadamente unilateral con Estados Unidos, relación que también representa entonces, habida cuenta de la insularidad ya mencionada, una excepción (otras masas continentales destacan por su multipolaridad, desde Asia y Europa hasta, inclusive, África). Las explicaciones que se han dado para esta relación de excepción son muchas, a comenzar por el propio “excepcionalismo” estadounidense. Pero lo cierto es que son el producto de circunstancias históricas, que comenzaron a construirse en el siglo XIX, y que por lo tanto no debieran ser eternas.

### *1. Singularidades latinoamericanas*

AMÉRICA LATINA y el Caribe tuvieron por lo menos cuatro caracteres —denominadores comunes— de excepción en su haber moderno, hechas algunas salvedades. Gracias a la Colonia y con la excepción de Brasil, todos los países del subcontinente tienen, primero, un *idioma* común, el español, y segundo, una religión común, la *católica*, aquí sí con la inclusión del territorio brasileño (por lo menos hasta hace algún

tiempo).<sup>14</sup> En otras latitudes del Tercer Mundo, la fragmentación de las presencias coloniales (española, portuguesa, pero también francesa, británica, alemana o belga), como la todavía fuerte sobrevivencia de dialectos precoloniales, impidió que se implantaran ese idioma y esa religión comunes: es lo que ocurrió en África y Asia. De este modo, en el “espíritu de Bandung” (1955) que llamaba a la unidad del otrora Tercer Mundo (que perdiera su relativa homogeneidad en los años ochenta del siglo xx), América Latina y el Caribe tenían mayores oportunidades para la unidad —en particular para la unidad de las periferias en defensa de sus intereses— que África y Asia, de nuevo con la salvedad muy peculiar de algunos territorios de las Antillas. No se trata únicamente de constatar que los sueños bolivariano o martiano no se llevaron a la práctica: en una perspectiva común, la incapacidad del subcontinente para unirse (o por lo menos confederarse, como algunos lo esperaban a principios del siglo xix) parece una aberración, y sobre todo que, como veremos más adelante, tampoco existen grandes barreras étnicas para la actuación mancomunada.

En realidad, lo anterior encuentra su explicación, primero, en la “balcanización” del siglo xix (a la que no fueron ajenas potencias como Gran Bretaña y en menor medida Francia), y segundo en el hecho de que, ya en el siglo xx, salvo por un corto espacio, los pocos periodos de relativa unidad (en particular durante la segunda posguerra del siglo xx) se hicieron bajo la bandera de un “panamericanismo” de fuerte influencia estadounidense: no era desde luego lo mismo la aspiración a la unidad con la cual soñaba Simón Bolívar, y que convocara a un Congreso para tal efecto en Panamá, en 1826, que la doctrina Monroe (“América para los americanos”) aprobada pocos años antes, en 1823, contra “Europa”. En el límite, tampoco deja de sorprender un descubrimiento tardío: cierta unidad igualmente religiosa y, de manera más remota, de idioma con el Québec canadiense, que en varias ocasiones planteara su separación del Canadá anglófono y una acérrima defensa de su autonomía cultural, incluso contando con sus propias minorías étnicas y curiosamente contra el deseo de los inmigrantes, muchos de ellos de origen latinoamericano y caribeño.<sup>15</sup> En suma, en América Latina y el Caribe, una extraordinaria unidad lingüística y religiosa no impidió,

<sup>14</sup> En Brasil hay más pastores protestantes que sacerdotes católicos: un tercio de los guatemaltecos pertenece a sectas protestantes, y más de uno de cada seis chilenos, nicaragüenses y costarricenses, *ibid.*, p. 220.

<sup>15</sup> Los inmigrantes de origen latinoamericano y caribeño residentes en Québec han llegado a votar contra la separación de la provincia del gran Canadá anglosajón.

como tampoco pudo hacerlo una trayectoria histórica común, que abortaran los anhelos de unidad. Si luego de la segunda Guerra Mundial, y sobre todo en los años setenta, algo de esa unidad pudo llevarse a cabo —no sin cierto populismo—, en los años ochenta del siglo xx se derrumbó la solidaridad al asomar la problemática de la deuda externa y la de las últimas invasiones estadounidenses (Panamá y, en menor medida, Haití, país este último precursor de la Independencia del subcontinente, pero pocas veces asociado al mismo). Las razones económicas y políticas pesaron más que las culturales. Lo anterior probablemente se explique también, en ese ámbito cultural, por el hecho de que los Estados y sus territorios formales fueran más firmes que las sedimentaciones nacionales, siempre prontas a reaparecer resquebrajándose con los regionalismos: Cono Sur, Área Andina, Centroamérica, el Caribe y hasta hace poco México. Estas divisiones asomaron cuando, desde la sociología o desde la economía, se trató de “tipificar” por grupos a los distintos países de América Latina y el Caribe.<sup>16</sup>

En segundo lugar, los países de América Latina y el Caribe probablemente sean los únicos del mundo que alcanzaron a tejer un sólido mestizaje, inexistente como tal incluso en países que pudieran presumir del *melting pot*, como Estados Unidos u otras latitudes del Tercer Mundo: África y Asia están lejos de ser continentes de mestizos. Es desde luego una de las razones por las cuales, luego de la Guerra Fría, no estallaron como en otros lugares del planeta diferendos por motivos étnicos o raciales,<sup>17</sup> ni tuvo el mismo alcance el multiculturalismo, con sus frecuentes afirmaciones grupales de origen racial o étnico. En suma, a la unidad de idioma y religión se agrega la *racial* (que no *étnica*) del subcontinente, que seguramente debió de haber pesado, *por lo menos a partir de la urbanización*, en la sedimentación de una cultura común a varios países y, aquí también, muy a pesar de los regionalismos. Si esa unidad representaba un problema durante la Colonia (con las castas), dejó de serlo luego, durante un buen trecho de la historia lati-

<sup>16</sup> Por ejemplo, con las tipificaciones que hicieran Osvaldo Sunkel y Pedro Paz, para distinguir entre aquellas economías de fuertes asentamientos coloniales, las economías de espacios vacíos, las de subsistencia y subsistencia y plantación. Véase Osvaldo Sunkel y Pedro Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo* (16ª ed.), México, Siglo xxi, 1982. Véase también la tipología de Vania Bambiira, de acuerdo con los grados de industrialización e integración al mercado internacional, que parte de estructuras diversificadas y primario-exportadoras, Vania Bambiira, *El capitalismo dependiente latinoamericano* (12ª ed.), México, Siglo xxi, 1987.

<sup>17</sup> En América Latina y el Caribe ni siquiera tuvieron lugar motines de fuerte componente étnico o racial como los de Los Ángeles, en Estados Unidos, en 1992, sofocados *manu militari*.

noamericana y caribeña, hasta la llegada del mismo multiculturalismo, que siempre puede encontrar, desde luego, una mayor diversidad étnica en el pasado prehispánico y sus prolongaciones que en la actualidad en gran medida mestiza. Como en los otros dos casos, idioma y religión, se trataba de una unidad cultural que los Estados y sus territorios formales no logran recrear. En otros términos, no había impedimentos para una solidaridad latinoamericana y caribeña —y ya no propiamente hispanoamericana, ni panamericana, ni siquiera indoamericana (Haya de la Torre)— basada en el mestizaje y, aquí sí, por contraste con Estados Unidos y Canadá, como con ese “resto del mundo” a partir de cuyos más diversos “fragmentos” se formaron América Latina y el Caribe. Desafortunadamente, mucho de este haber acabó volcándose en el turismo, antes de que el multiculturalismo de origen anglosajón redescubriera la multidiversidad étnica —de modo bastante sesgado— en el pasado prehispánico (haciendo a un lado, por ejemplo, el aporte africano a este mismo mestizaje, desde las Antillas hasta Brasil). Salvo en el caso de la religión, un privilegio dilapidado por las características jerárquicas del catolicismo, excepto en la teología de la liberación, los dos otros haberes culturales fueron prácticamente desaprovechados por las mismas razones por las cuales imperó la política de Estado por encima del sentido común de la nación.

No deja de llamar la atención que haya sido en aquellos países donde el mestizaje se completó mejor, como México, Colombia o El Salvador, donde los movimientos sociales armados cobraron mayor envergadura y cierta “organicidad” durante el siglo xx, si se hacen a un lado los “focos” como el de Cuba; no se trata, desde luego, de que el mestizaje fuera un factor de violencia, sino de que las antiguas barreras étnicas ya estaban ampliamente superadas, a diferencia de otros países del subcontinente. En los países donde el mestizaje fue más lento, subsiste una problemática que H.C.F. Mansilla ha podido describir de este modo, al referirse a Bolivia:

En el heterogéneo espacio boliviano se percibe la construcción de una identidad sociocultural de cuño sincretista ---escribe. El indigenismo moderado y las tendencias autoctonistas pretenden una síntesis entre desarrollo técnico-económico moderno, por un lado, y tradición autóctona en los campos de la vida familiar, la religión y las estructuras sociopolíticas, por el otro. La consecuencia de estos procesos de aculturación, que siempre van acompañados por fenómenos de desestabilización emocional colectiva, se traduce en una irritante mixtura que puede ser descrita como una extendida tecnofilia en el ámbito económico organizativo, complementada con la con-

servación de modos de pensar y actuar premodernos, particularistas —en sentido negativo— y retrógrados en los otros campos de la vida humana.

### Agrega Mansillaque

lo rescatable del mundo premoderno reside [...] en su heterogeneidad, su polifonía y su colorido, es decir en aquello que puede servir aún de freno a la monotonía de la sociedad enteramente modernizada, a sus estándares implacables, exentos de toda estética, y a su uniformidad vacía de sentido de la vida. Lo que se precisa es algo que nos haga comprender lo valioso de aquellas sociedades hoy calificadas despectivamente de arcaicas, primitivas y atrasadas, y lo negativo de un universalismo anónimo y frío, que es un modo de controlar y dominar todo aspecto de vida humana, un universalismo tecnocrático que *termina por desechar al mismo tiempo lo rescatable de la Ilustración y el racionalismo el espíritu crítico-científico, la democracia parlamentaria y representativa, el respeto al individuo y la moral universalista*.<sup>18</sup>

En tercer lugar, los países de América Latina y el Caribe obtuvieron su independencia *antes* que la gran mayoría de países de Asia y África, por lo que se encontraban, para el siglo xx, más adelantados en el camino de la descolonización, y por ende en el de las oportunidades de desarrollo, lo que habría de reflejarse en los aportes de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), primero, y en la polémica sobre la dependencia del subcontinente, después (ya en los años setenta). Este adelanto se reflejó, sin duda, en el lugar que ocupaba América Latina y el Caribe en el escenario internacional entre finales del siglo xix y principios del siglo xx (un lugar más prominente que el de ahora, o de “mayor relieve”), como se reflejó en la fuerza relativa del Estado con la creación de mercados internos y con el populismo: hasta hoy, con salvedades, los países del subcontinente no están entre los más pobres del mundo, ni han entrado, salvo excepciones como la haitiana, en la categoría de “Cuarto Mundo” (países que dependen en buena medida de la ayuda internacional para su subsistencia). Sin embargo, bien entrado el siglo xx, muchos países de América Latina y el Caribe no sólo seguían con sus “naciones a medio hacer”, sino que se comportaban de modo neocolonial en lo político, por ejemplo, con la frecuencia de golpes de Estado y su dependencia extrema del exterior.

<sup>18</sup> H.C.F. Mansilla “La identidad colectiva boliviana. Tradiciones particularistas y coerciones universalistas”, *Nueva Sociedad* (Caracas), núm. 152 (noviembre-diciembre de 1997), p. 36. Las cursivas son nuestras.

Desde este punto de vista, la “democratización” tampoco es un fenómeno exclusivamente latinoamericano y caribeño, y lo menos que puede decirse es que en algunos casos se hizo a regañadientes. Desde el punto de vista político y económico el adelanto latinoamericano y caribeño fue dilapidado, aunque en términos de *tiempo* la duración para las construcciones culturales nacionales haya sido mayor que en otras latitudes. En particular, llama la atención que el subcontinente se haya visto rebasado por países de Asia o África —sobre todo hasta 1997 por los llamados “tigres” o “dragones” asiáticos— de los que se podía suponer que el atraso y las dificultades de partida eran mayores. En todos los casos, regímenes más o menos autoritarios y reformas agrarias cumplidas permitieron la mayor diversificación de las periferias, entre países más adelantados y otros menos (antes de que la noción de desarrollo cayera en franco desuso, siendo que era de cuño latinoamericano y caribeño). En todo caso, durante todo el siglo xx, y de nuevo con ciertas salvedades en el Caribe, los países del subcontinente no tuvieron que vivir en las últimas décadas, y ni siquiera durante todo el “siglo corto” pasado (Eric Hobsbawm), el trauma de la descolonización, con su carga de contribución (en negativo y en positivo) a la historia del orbe y de las ex metrópolis. Para el siglo xx, en efecto, y salvo que se siga queriendo pensar en supuestas “madres patrias” o dentro de un “panhispanismo” que sólo el gobierno español de Francisco Franco trató de rescatar, América Latina y el Caribe no tuvieron metrópoli, en el sentido colonial del término. Lo anterior puede ilustrarse con los fenómenos migratorios: aunque los hubiera, sobre todo por comunidad de idioma, hacia España, el grueso de la migración latinoamericana y caribeña se dirigía hacia un país, Estados Unidos, que justamente no puede considerarse como ex metrópoli *colonial*.

Finalmente, en cuarto lugar, y pese a la indudable serie de intervenciones y agresiones perpetradas por Washington durante el siglo xx, relativas si han de compararse con otras historias de descolonización en África y Asia, América Latina y el Caribe no tuvieron que vérselas con un imperio colonial formal como vecino durante cerca de dos siglos. En efecto, Estados Unidos no construyó hacia el sur del Río Bravo un mundo colonial, aunque lo dominara, por lo que el problema del colonialismo y el poscolonialismo prácticamente no se plantea respecto de Estados Unidos, que es el país en torno al cual se ha vertebrado en las últimas décadas —el último cuarto de siglo, prácticamente— la “globalización”. Desde el punto de vista de las dos últimas características, la estabilidad de que han gozado América Latina y el Caribe, en lo interno como en la relación con Estados Unidos, es sin duda excepcio-

nal. Desde el punto de vista de lo sintetizado hasta aquí, cabe lamentar que los estudios comparativos entre América Latina y el Caribe y otras latitudes del planeta, en boga hasta la década de los setenta del siglo xx, hayan caído en desuso: euforias “tercermundistas” aparte, permitirían calibrar mejor la singularidad de “las Américas”, el Nuevo Mundo *de antaño*.

## 2. *América Latina y el Caribe: la visión estadounidense*

TODAVÍA durante la segunda posguerra del siglo xx, la visión estadounidense de América Latina y el Caribe podía ser, y no sin cierta razón, la de un mundo apenas posfeudal (y en ese sentido “europeizado”), que desde el siglo xix, a diferencia de la potencia del Norte, se encontraba anclado en la herencia colonial y era, por ello, incapaz de despegar hacia un auténtico desarrollo. Fue precisamente entonces cuando Estados Unidos, gran vencedor de la segunda Guerra Mundial, aceleró la integración hemisférica, aunque de modo mucho más discreto que el del periodo posterior a 1990, y desplegó igualmente, ya como respuesta a la Revolución Cubana de 1959, la Alianza para el Progreso.

A los ojos estadounidenses, en el subcontinente seguía campeando el atraso y un aislamiento que hacía decir a Frank Tannenbaum, por ejemplo, que Sudamérica “representa lo que habrían sido los Estados Unidos si su gente nunca hubiera cruzado los Apalaches”.<sup>19</sup> Hasta cierto punto, el subcontinente seguía siendo, por sus reminiscencias feudales, más “europeo” que Estados Unidos, aunque hubiera dejado de atraer a la inmigración europea, que tampoco había sido demasiado numerosa durante la Colonia española. Ciertamente, ese apego a Europa Occidental aún seguía destacando en lo político: no sólo por el accionar de fundaciones europeas (alemanas, en particular), en franca competencia con las estadounidenses, sino también, por lo menos hasta la década de los ochenta del siglo pasado, por reivindicaciones de corte socialdemócrata y ancladas en la Internacional Socialista, algo impensable en Estados Unidos, donde “derecha”, “izquierda” y “centro” tienen desde hace tiempo atrás una matriz de interpretación distinta (desde este punto de vista, el “centro” clintoniano, por ejemplo, no era exactamente “socialdemócrata”, ni lo reivindicaba).

Así Tannenbaum, por ejemplo, destacaba las tendencias al localismo y el regionalismo, las distancias entre las provincias y las capitales, el caciquismo y el caudillismo, y el peso de la hacienda casi autárquica

<sup>19</sup> Frank Tannenbaum, *Ten keys to Latin America*, Nueva York, Vintage, 1962, p. 4.

(por lo menos hasta la primera Guerra Mundial), como características del Sur del continente.<sup>20</sup> Destacaban además los problemas raciales (cabría decir que de *discriminación*, más que de franca y abierta *segregación*), con la población indígena nunca bien asimilada, pese a la Conquista y la Colonia (el indio no se había convertido en un “europeo”: donde no lo habían vencido había resistido la “asimilación”), el peso de los prejuicios de raza — aunque mezclados con los sociales — y la posición relativamente mejor del negro.<sup>21</sup> Desde el punto de vista político, la Iglesia había conservado sus prerrogativas y América Latina y el Caribe habían caído, luego de la Independencia, en la incapacidad para encontrar un sustituto universal de “autoridad moral”, tan necesaria para un subcontinente acostumbrado a la centralización, a la jerarquía y, también, al autoritarismo “naturales”. Dentro de la hacienda, donde cada quien ocupaba su lugar, todos podían reconocerse en una “institución” económica, pero también social, política y cultural. Aún así, ni el mestizo, llamado al liderazgo pese a las características de éste (nepotismo, favoritismo, irresponsabilidad política, corrupción...), ni el intelectual, instalado en la ambivalencia entre sus anhelos de modernidad y su pertenencia a la aristocracia, además de su adhesión al comportamiento “paternalista” y a distintas “cofradías” (por llamarlas de algún modo), podían saldar cuentas con la situación de atraso.<sup>22</sup>

Pero si algo preocupaba a numerosos estudiosos estadounidenses es que América Latina y el Caribe, habida cuenta de todos estos antecedentes, y otros, no alcanzarán ni a modernizarse, ni a democratizarse, aunque “las veinte repúblicas que existen al sur del Río Grande [hayan] entrado internacionalmente en su mayoría de edad durante el siglo xx”:<sup>23</sup> si en 1899 únicamente Brasil y México habían sido invitadas a la Conferencia de la Paz de La Haya, a la segunda, en 1907, fueron invitadas todas, asistiendo 18 de ellas.<sup>24</sup> En nombre del anticomunismo, por lo demás, Estados Unidos solía apoyar durante la segunda posguerra del siglo xx en el subcontinente gobiernos que estaban más cerca de las características ya descritas que de la democracia. Hasta cierto punto, era un apoyo que parecía traicionar los propios ideales estadounidenses: se estaba *contra* el comunismo, pero no *a favor* de la democracia, y esta política exterior estadounidense pa-

<sup>20</sup> *Ibid.*, pp. 66-94.

<sup>21</sup> *Ibid.*, pp. 35-52.

<sup>22</sup> *Ibid.*, pp. 112-135.

<sup>23</sup> Lewis Hanke, *América Latina (continente en fermentación)*. México, Aguilar. 1961, p. 17.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 17.

recía además herir susceptibilidades en el subcontinente.<sup>25</sup> Es sólo hasta el fin de la Guerra Fría, y pese a la sobrevivencia de las particularidades cubanas, que esas susceptibilidades comenzaron a atenuarse. Aún así, las “transiciones a la democracia” faltantes en el subcontinente hasta los años ochenta del siglo xx seguían identificándose, más incluso que con las del Este europeo, con las del Mediterráneo: Portugal y Grecia, pero sobre todo España.

Idioma, religión y raza cimentaron, como ya se ha dicho, un pasado común —con influencia europea— en América Latina y el Caribe, pese a la herencia colonial y al atraso que habrían de convertirse en interés de antropólogos, arqueólogos y turistas. Por contraste, Hannah Arendt ha podido escribir a propósito de Estados Unidos:

Los Estados Unidos no son un Estado nacional en el sentido europeo y nunca lo han sido. Su estructura política nunca se ha cimentado en una población homogénea y un pasado común. Esto es menos aplicable al sur, cuya población es más homogénea y está más arraigada en el pasado que ninguna otra zona del país. Cuando William Faulkner declaró hace poco que en un conflicto entre el Sur y Washington actuaría como ciudadano de Mississippi, parecía más un miembro de un Estado nacional europeo que un ciudadano de esta república.<sup>26</sup>

Si acaso, ya a partir del siglo xix, la historia latinoamericana y caribeña —sobre todo la segunda, junto con la de Brasil— alcanzó a emparentarse parcialmente con la del Sur estadounidense, aunque en un contexto de dinamismo económico, social y económico diferente.

En el cuadro del atraso, la brecha que se había abierto en el siglo xix estaba lejos de cerrarse: se había profundizado pese a los anhelos de modernización y democracia de muchos latinoamericanos y caribeños. Si hemos afirmado que el subcontinente se había estancado en una posición mucho más “europea” que la de Estados Unidos, es en la medida en que, desde cierto punto de vista económico, pero sobre todo *político*, una situación análoga podía efectivamente encontrarse en el Mediterráneo europeo, con algo de posfeudal todavía vivo, y en particular en la ex metrópoli, España, bajo yugo franquista, así como en Portugal y en Grecia. Con el final de la Guerra Fría, pero sobre todo con la aceleración de la integración europea (Unión Europea) y su

<sup>25</sup> “Muchos de ellos —escribía Hanke— piensan también que, en ocasiones, los Estados Unidos se interesan principalmente por el número de comunistas que hay en la América Latina y que nuestra política parece girar alrededor de ese tema, que a ellos les interesa muy poco, relativamente”, *ibid.*, p. 19. Tannenbaum era de una opinión similar

<sup>26</sup> Hannah Arendt, *Tiempos presentes*, Barcelona, Gedisa, 2002, p. 94.

marcada preferencia por el Este (Europa de los 25), las distancias volvieron a marcarse: España, en particular y pese a las cumbres iberoamericanas promovidas por lo menos desde la última década del siglo xx, pasó a interesarse mucho más por el “Viejo Continente”, por más que muchos latinoamericanos y caribeños no lo resintieran de ese modo, y por más que la misma España se comprometiera a hablar con la voz de las ex metrópolis en la Unión Europea.

Como lo reconocía Tannenbaum, la visión estadounidense del Sur se había convertido en una visión que, como hasta hoy, tiene fuertes tintes *antropológicos*, del mismo modo en que algo de esa visión había entre los propios estadounidenses sobre los negros en el Sur de su país. Si acaso, quedaba en común, en efecto, cierto paralelismo entre la historia sureña de Estados Unidos y la del subcontinente: curiosamente, en los mismos territorios que habían sido alguna vez de propiedad española (y mexicana hasta mediados del siglo xx). América Latina y el Caribe se habían planteado una política de incorporación social mucho más temprana, dadas las características de la Colonia, que la de unos Estados Unidos segregacionistas y particularistas. La Iglesia, en el Sur del continente, una vez asumido el problema de la incorporación del indio, podía aparecer como mucho más universalista que la “cultura” estadounidense, empanada en el segregacionismo, una “excepción al margen” costosa. En principio, el subcontinente debió gozar de una Independencia temprana, de un idioma y de una religión común para promover la política de incorporación social y de *integración*. Si no pudo conseguirlo, no es seguro que algunas potencias foráneas, como Gran Bretaña y Estados Unidos, no se hayan apoyado desde mucho antes de la Guerra Fría en los particularismos para mantener la división del subcontinente.

### 3. *El excepcionalismo estadounidense en perspectiva comparativa*

**JUSTO SIERRA** intuyó mucho del “excepcionalismo estadounidense” —y de sus diferencias con América Latina y el Caribe— cuando escribió:

Nuestro carácter latino no disminuye, antes bien, acrecienta nuestros deberes de americanos; conviven en nuestro continente el grupo latino y el grupo germánico, y tenemos tendencias distintas, es indudable; nosotros consideramos siempre la acción individual como un medio de realizar la solidaridad social, y el grupo germánico, en su rama sajona sobre todo, considera a la sociedad como un medio de reforzar la acción individual;

entre esos dos polos se mueve el mundo moderno y la historia de las luchas entre estas dos tendencias que parecen irreconciliables, no se verá más tarde sino como la obra necesaria de energías puestas en acción para modificarse indefinidamente las unas a las otras.<sup>27</sup>

No se trata aquí de volver sobre la más manida de las tesis: aquella que sostiene que el protestantismo se “ajustó” mejor al “espíritu del capitalismo” (Max Weber) que el catolicismo. Si bien es cierto que la relación con la o las Iglesias ha sido notoriamente distinta entre el Sur y el Norte del continente, no faltan en el mundo países católicos relativamente ricos (como no falta el Québec con un buen nivel de vida relativo en el continente americano), y la riqueza y la ostentación, aunque no para la acumulación productiva, sino para el derroche suntuario, fueron una de las características de la Colonia española. Si tesis como la de Weber seguramente merecen ser relativizadas, otras pueden realzarse, por sorprendentes que parezcan.

Siguiendo a Seymour Martin Lipset,<sup>28</sup> Estados Unidos ha sido el país más religioso —y, desde este punto de vista, más moralista— de la cristiandad, mucho más que cualesquier otro país de América Latina y el Caribe o de Europa Occidental, y con un fervor que no deja de recordar el de países como Polonia e Irlanda.<sup>29</sup> El nacionalismo estatista y el fervor religioso no se entrelazan en Estados Unidos, por diferencia con el entrecruzamiento de intereses entre la Iglesia y la monarquía que existían en el subcontinente en tiempos de la Colonia española: la pauta religiosa estadounidense es voluntaria.<sup>30</sup> El moralismo estadounidense es de fuerte inspiración protestante, de tal modo que el apoyo a la guerra, por ejemplo, puede ser tan moralista como la resistencia a ella: “para apoyar una guerra y llamar al pueblo a matar a otros y a morir por la patria —escribe Lipset—, los norteamericanos deben definir su papel en un conflicto como el de del bando de Dios contra el de Satanás; a favor de la moral, y en contra del mal”.<sup>31</sup>

Estados Unidos es igualmente excepcional por ser “la primera nación nueva”, la primera colonia —aparte de Islandia— que se

---

<sup>27</sup> Fausta Gantús, “Justo Sierra: el proyecto de una identidad integradora”, citado en Aimer Granados y Carlos Marichal, *Construcción de las identidades latinoamericanas ensayos de historia intelectual siglos XIX y XX*, México, El Colegio de México, 2004, p. 123.

<sup>28</sup> Seymour Martin Lipset, *El excepcionalismo norteamericano: una espada de dos filos*, México, FCE, 2000.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 16.

<sup>30</sup> *Ibid.*

<sup>31</sup> *Ibid.*, pp. 17-18.

independizó. Estados Unidos es así un credo y una ideología. Richard Hofstadter pudo escribir así: “ha sido nuestro destino como nación no tener ideologías, sino ser una”.<sup>32</sup> Otros países, como los de América Latina y el Caribe, suelen definirse por una historia común como comunidades de nacimiento, y no por ideología. Lipset resume así el credo norteamericano: libertad, igualitarismo, individualismo, populismo (por sorprendente que parezca) y *laissez-faire*. El igualitarismo incluye igualdad de oportunidad, no de resultado o de condición: se refleja así, en la sociedad estadounidense, y por notorio contraste con sus vecinas del Sur, la ausencia de estructuras feudales, monárquicas y aristocráticas “condicionantes”. En Estados Unidos se carece de énfasis en la jerarquía social —de ahí el asombro de estudiosos como Tannenbaum por las jerarquías latinoamericanas y caribeñas— y en las diferencias de posición características de culturas posfeudales y monárquicas. El hincapié en la obediencia a la autoridad política y la deferencia a los superiores tienen menos relevancia que en otros países. Como lo había notado Justo Sierra, es un igualitarismo hecho a la medida del individualismo y no, como en el subcontinente americano, de las lealtades de grupo, aunque no los excluye, agregaríamos, como en el caso de los fundamentalistas cristianos (*born again christians*) que apoyaron la reelección de George W. Bush en el 2004. Hannah Arendt pudo decir de este igualitarismo: “La igualdad, en su forma universal típicamente americana, posee la fuerza enorme de nivelar lo que es diverso por naturaleza y origen, y sólo a esta fuerza hay que agradecer que el país pueda conservar su identidad original a pesar de las olas migratorias que siempre afluyen a sus costas”.<sup>33</sup>

El individualismo estadounidense puede rayar en la anarquía: es, en todo caso, a la vez profundamente legalista y orientado hacia sus derechos, y al mismo tiempo antiestatista, aunque durante la Gran Depresión posterior a 1929 Estados Unidos haya construido un gran Estado benefactor. Es así que Lipset puede hablar del desdén de los norteamericanos por la autoridad, su negativa a conformarse con las reglas

<sup>32</sup> Citado por Lipset, *ibid.*, p. 15. “Al decir esto —escribe Lipset— Hofstadter reiteró el énfasis puesto por Ralph Waldo Emerson y Abraham Lincoln en la ‘religión política’ del país, aludiendo, en efecto, a la frase del primero de ellos en el sentido de que volverse norteamericano era un acto religioso, es decir, ideológico. Dejando aparte la ex Unión Soviética, otros países se definen por una historia común como comunidades por nacimiento, y no por ideología”, *ibid.*, p. 15. G.K. Chesterton afirmaba que “Estados Unidos es la única nación del mundo que está fundada sobre un credo. Y ese credo fue planteado con lucidez dogmática y hasta teológica en la Declaración de Independencia”, citado por Lipset, *ibid.*, p. 33.

<sup>33</sup> Arendt, *Tiempos presentes* [n. 26], p. 95

establecidas por el Estado, que puede asociarse ya sea con altos índices de delincuencia, ya sea con altos índices de abstención electoral. En este mismo orden de cosas, no está en el credo norteamericano, aunque pululen la filantropía o las asociaciones de ayuda voluntaria, la creencia en el Estado benefactor, que hoy ha retrocedido si ha de compararse con la intervención del *New Deal* de Roosevelt, y bajo el neoconservadurismo de las administraciones Reagan, Bush (padre e hijo) e incluso, durante los años noventa del siglo pasado, Clinton, quien nunca pudo hacer realidad su *new covenant* para su país. En todo caso, los Estados Unidos se desarrollaron, desde el siglo XIX, con mucho menos participación del gobierno en la economía que casi todos los demás países centrales, aunque una salvedad pueda hacerse con el llamado “complejo militar-industrial” que con temor veía Dwight Eisenhower en la segunda posguerra del siglo pasado. Algunos rasgos de este excepcionalismo estadounidense han permitido la igualmente excepcional integración de la población judía —sin los resabios del antisemitismo frecuente en Europa—, pero no fueron capaces de “universalizarse” hasta dejar resuelta la cuestión de los negros. Desde este punto de vista, el “universalismo” estadounidense aparece entonces como un “universalismo a medias”, inacabado, que topa con su propio credo, a fin de cuentas bastante “provinciano” y único en su género. Lipset ha puesto de relieve las paradojas de este credo, hecha la salvedad de los intelectuales (otra “excepción al margen”) que, con frecuencia orientados hacia la extrema izquierda (en un país sin fuertes tradiciones socialistas), de un tiempo a esta parte habrían abrazado mayoritariamente el “neo-conservadurismo”: ciertamente, “casi todos los norteamericanos siguen siendo muy patriotas y religiosos, creen que están viviendo en la mejor sociedad del mundo y piensan que su país y su economía, a pesar de las dificultades, siguen ofreciéndoles oportunidades y seguridad económica”,<sup>34</sup> aunque luego de la crisis de finales de los años sesenta del siglo pasado se haya presentado cierta pérdida de credibilidad:

Los valores norteamericanos —escribe Lipset— son sumamente complejos, en particular por causa de las paradojas que, en nuestra cultura, permiten que surjan fenómenos simultáneamente perniciosos y benéficos, a partir de las mismas creencias básicas. El credo norteamericano se parece a un arma de dos filos: engendra un alto sentido de responsabilidad personal, iniciativa independiente y voluntarismo, a la vez que fomenta la conducta egoísta, el atomismo y un desdén del bien común. Más específicamente, su

<sup>34</sup> Lipset, *El excepcionalismo norteamericano* [n. 28], p. 411.

énfasis en el individualismo amenaza las formas tradicionales de la moral comunitaria, y por ello ha promovido, a lo largo de la historia, una tendencia particularmente virulenta de voracidad.<sup>35</sup>

Desde la última década del siglo pasado se ha promovido, en “las Américas”, un proceso de integración hemisférica en el que, culturalmente hablando, América Latina y el Caribe probablemente hayan resistido más de lo esperado gracias a los denominadores comunes ya enumerados: un idioma, una religión y una trayectoria histórica a fin de cuentas compartidos. Aun así, no es seguro que el credo del excepcionalismo estadounidense no haya tenido un impacto más o menos duradero en el Sur, “acostumbrando”, o “resignando”, a sectores importantes de la población a cierto dejo de antiestatismo, anarquía, individualismo por encima de las solidaridades grupales (que el multiculturalismo ha tratado de rehacer), igualitarismo (en este caso, de “nivelación de las oportunidades por lo bajo”) y desconfianza en las instituciones y cualquier tipo de autoridad. Ello no podía menos que traer cierta descomposición social en el Sur: es también probable que cierta “integración cultural”, con el peso de los medios de comunicación masiva, haya jugado en el mismo sentido, y contra la herencia “europea” del subcontinente. Desafortunadamente, pese a la integración económica hemisférica, los estudios sobre Estados Unidos, como objeto de curiosidad (que también podría serlo), con frecuencia no han permitido ir más allá de la forma, es decir, del reconocimiento del vecino del Norte cual “centro” más adelantado que su periferia, pero sin personalidad propia. Salvo viajeros (como el propio Domingo Faustino Sarmiento) y próceres como José Martí, quien conociera bien “las entrañas del monstruo”, Estados Unidos ha sido visto desde el siglo pasado como una potencia ya sea amenazante, ya sea “protectora” e interesada, en este último sentido, en brindarle al subcontinente cierta seguridad (por lo menos económica). El progresivo alejamiento de una Europa ocupada en el Este, en muchos de los países latinoamericanos y caribeños, seguramente haya jugado en el mismo sentido de lo ya escrito, salvo en Cuba, amenazada desde mucho antes de la Revolución de 1959. Por lo demás, la brecha no se ha cerrado y la desigualdad entre el centro y la periferia, desde los puntos de vista de la economía y de la herencia cultural, sigue siendo descomunal. ¿No sería acaso una tarea de los estudios latinoamericanos y caribeños adentrarse un poco más, como de hecho se hizo en algún tiempo (los años ochenta del siglo xx) en la

<sup>35</sup> *Ibid.*, pp. 382-383.

personalidad singular y “excepcional” de Estados Unidos, que constituye para unos un privilegio en la vecindad y para otros un auténtico peligro para el subcontinente? De la misma manera en que menguaron los estudios comparativos dentro del otrora Tercer Mundo (Asia, África, América Latina y el Caribe), también han escaseado, siempre en términos comparativos, entre las periferias del subcontinente y el centro estadounidense, igualmente distinto de otros centros (Europa Occidental, Japón). La frontera del Río Bravo sigue siendo una curiosa muralla china: “como una muralla china invisible pero muy real — escribía Hannah Arendt—, el bienestar y la riqueza de los Estados Unidos los separan del resto de los países del globo, exactamente igual que separa a los turistas norteamericanos de los habitantes de los países que visitan”.<sup>36</sup>

El Nuevo Mundo ya tiene poco en común en la herencia europea, pese a que ésta reafiorara, durante el ataque a Iraq en el año 2003, en esa curiosa alianza entre Estados Unidos, Gran Bretaña y la España de José María Aznar, que luego habría de seguir otro derrotero, más europeo y menos atlántico, con la elección de José Luis Rodríguez Zapatero (socialdemócrata). Ciertamente, Estados Unidos, como el resto del continente, se formó desde Europa, al grado que Hannah Arendt ha podido escribir: “La república americana debe su origen a la gran aventura europea de una humanidad *que por primera vez desde las cruzadas* y en el zenit del Estado nacional puso en marcha una empresa común cuyo espíritu fue finalmente más fuerte que todas las diferencias nacionales”.<sup>37</sup> Pero también es cierto que los europeos, preocupados por su propia unidad, temen el conformismo estadounidense, como temen que “en Norteamérica el terror y la violencia no sean necesarios para hacer desaparecer la libertad”.<sup>38</sup> La evolución de Estados Unidos desde el 11 de septiembre de 2001 y del terror, arroja ciertamente incertidumbre, al mismo tiempo que pareciera confirmar, en particular bajo las administraciones de George W. Bush, la afirmación de los rasgos de personalidad propia por estudiar, y que suponen un fuerte contraste con América Latina y el Caribe.

### Conclusiones

**P**ARA Felipe Fernández-Armesto, “el excepcionalismo estadounidense —una doctrina que se invoca a menudo para justificar una clasifica-

<sup>36</sup> Arendt. *Tiempos presentes* [n. 26], p. 74.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 73. Las cursivas son nuestras.

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 86.

ción bicéfala de las Américas— carece de lógica. Todos los pueblos se consideran excepcionales. Irónicamente, es una de las cosas que todos tienen en común. El excepcionalismo es universal y, por lo tanto, se refuta a sí mismo”.<sup>39</sup> El mismo Fernández-Armesto, por lo demás, no deja de hacer notar cómo dicho excepcionalismo no carece de defectos. Si es indudable que todos tienen en común el excepcionalismo, también lo es que, en perspectiva histórica, tanto Estados Unidos como América Latina y el Caribe tienen personalidades propias, y que no habría motivo de preocupación de no existir una vecindad —y una vecindad desigual— de por medio, donde una de las personalidades ha buscado imponerse a la otra. En esa misma perspectiva histórica, la integración entre las “dos Américas”, pero bajo la égida estadounidense, es un fenómeno relativamente reciente, puesto que se consolidó apenas en la primera mitad del siglo xx. El fenómeno sería menos preocupante si la desigualdad en la relación unipolar no fuera tan flagrante. Como hemos sugerido, no siempre lo fue: no lo fue, desde luego, en la época prehispánica, como tampoco lo fue durante el periodo colonial, sino que comenzó a construirse en el siglo xix y a afianzarse entre finales del mismo y principios del xx, para alcanzar su apogeo a mediados de éste, cuando Estados Unidos, ya con el Estado consolidado en política exterior (pese al antiestatismo interno), se consolidó en el liderazgo internacional. La balanza que favorecía al Sur pasó a favorecer al Norte, y, desde entonces, la relación ha sido todo menos equilibrada: ha hecho que Estados Unidos haga uso de su “excepcionalismo” y que América Latina y el Caribe hayan perdido sendas oportunidades de defender una personalidad e intereses propios, con frecuencia mal elaborados, o ni siquiera entendidos como tales por el grado de influencia externa.

¿Por cuánto tiempo? Como ya lo hemos señalado, se pueden hacer intentos por fechar ciertos “ciclos”, y más cuando dependen de circunstancias históricas. En la actualidad, la convergencia económica, política y cultural entre “las Américas” es, en muchos aspectos, mayor

<sup>39</sup> Fernández-Armesto, *Las Américas* [n. 2], p. 29. “Muchas de las supuestas virtudes del excepcionalismo estadounidense —considera el autor—, como la creación dinámica de riqueza, la democracia, la igualdad de oportunidades, el culto a la libertad civil, la tradición de tolerancia [...] y de los supuestos vicios, como el capitalismo-basura, los excesivos privilegios de los ricos, el liberalismo selectivo, la adocenada cultura popular, el estancamiento de la política, la irritabilidad y la ignorancia que distancian a Estados Unidos del mundo [...] son virtudes y vicios comunes a numerosas sociedades modernas, que se extienden por las Américas y fuera de ellas. Sólo la intensidad con que están concentradas en Estados Unidos hace que ese país sea excepcional y, por lo tanto y en otro sentido, representativo”, *ibid.*, p. 30.

que nunca, y ha dado tanto en cierta “americanización” del subcontinente como en la “contracolonización” del Norte, sin más. Habida cuenta de las divergencias de idioma, de religión y de trayectoria de los Estados nacionales, como de las diferencias en la relación con Europa, es difícil de prever que América vuelva a ser “una”, a menos que el Sur lo permita, cosa que tampoco puede darse por hecho, menos ahora que busca formas de integración regional propia (región andina y MERCOSUR). Más pareciera que el Nuevo Mundo ha dejado de ser tan nuevo, que puede ser vuelto a conocer y a descubrir, y que la “isla mundial” bien corre el riesgo de encerrarse en sí misma, en un especie de “autismo”, y como si, a veces, cupiera la posibilidad de que un ciego arrastre a otros ciegos al precipicio. Todo dependerá de una evolución que, a últimas fechas y habida cuenta de los resultados electorales de un lado y de otro del Río Bravo (en el Sur, con sendos regresos de la izquierda), sigue marcando las diferencias, y no siempre a favor del Norte.